

Sexismo y Filosofía: habitar la perspectiva estudiantil.

Estudiantes:

Paola Sánchez Mora

Nicole Scott Fonseca

Desde una óptica feminista interseccional situada en latinoamérica, especialmente en Costa Rica. Se busca identificar los “hábitos” que generan vivencias al habitar como estudiante la educación en Filosofía en la Universidad. Esto será considerado desde un esquema patriarcal y contextualizado, siendo el objetivo señalar la disparidad de participación femenina. Lo anterior, en diferentes espacios universitarios como las clases, actividades y movimiento estudiantil en la comunidad Estudiantil en Filosofía, en la Universidad de Costa Rica. En este sentido, se pretende generar discusión al respecto de los factores que obstaculizan la participación de mujeres y disidencias. Abordando las brechas y desafíos que persisten dentro de una cultura académica patriarcal. Asimismo, evidenciar cómo estas dinámicas no sólo perpetúan la exclusión de ciertos cuerpos, sino que también refuerzan estructuras de opresión basadas en la misoginia, el racismo, capacitismo y discriminación en otras formas distintas de la hegemonía.

Finalmente, se plantea la importancia de apropiarse de estos espacios tradicionalmente hegemonizados. Fomentando la resistencia y transformación que permiten representación dentro del estudio de la Filosofía en el contexto universitario costarricense. Por consiguiente, promover metodologías teórico pedagógicas que valoren las experiencias y conocimientos de quienes históricamente han sido silenciadas para desarrollar espacios donde el pensamiento crítico y la pluralidad sean centrales.

Palabras clave: Sexismo, filosofía, filosofía costarricense.

From an intersectional feminist perspective situated in Latin America, especially in Costa Rica, we seek to identify the "habits" that generate experiences when inhabiting philosophy education as a student at the University. This will be considered from a patriarchal and contextualized framework, with the aim of highlighting the disparity in female participation. The foregoing, in different university spaces such as classes, activities, and the student movement within the Philosophy Student community at the University of Costa Rica. In this sense, we intend to generate discussion regarding the factors that hinder the participation of women and dissidents. Addressing the gaps and challenges that persist within a patriarchal academic culture. Likewise, to evidence how these dynamics not only perpetuate the exclusion of certain bodies, but also reinforce structures of oppression based on misogyny, LGBTphobia, racism, ableism, and other forms of hegemony.

Finally, the importance of appropriating these traditionally hegemonized spaces is raised. Promoting resistance and transformation that allow for representation within the study of Philosophy in the Costa Rican university context. Consequently, promoting theoretical-pedagogical methodologies that value the experiences and knowledge of those who have historically been silenced, and developing spaces where critical thinking and plurality are central.

Keywords: Sexism, philosophy, Costa Rican philosophy.

La lectura de la teoría feminista brinda ópticas que permiten desarrollar ideas increíbles respecto a las vivencias de cada sujeto. El siguiente texto aboga por la esperanza de sembrar criticidad feminista en las letras y la creación filosófica. Dado el tema de la educación en Costa Rica, se podrían tratar gran cantidad de faltantes y variables que mejorarían la situación de las condiciones y herramientas con las que habitamos la realidad muchísimas personas. De esta manera, poder formar parte de un sistema educativo tampoco brinda las herramientas suficientes para lidiar con las cargas contextuales de habitar una ciudad, un barrio o espacio. Se busca tratar el sexismo en las aulas desde la asimetría epistemológica presente al ser estudiante y su reproducción debido a las prácticas sociales.

El punto de partida se sitúa en un contexto latinoamericano, con un cuerpo feminizado, la experiencia sobreviene con implicaciones de manera distinta. Se urge, en todo momento, de la interseccionalidad para comprender las vivencias femeninas de las mujeres en estos contextos. Menciona Gutiérrez Castañeda: La filosofía feminista Latinoamericana es política¹, y ese es el objetivo del texto desarrollado, brindar una óptica feminista latinoamericana en la práctica de ser una estudiante en un cuerpo feminizado. Nos ocupa la política y lo social, las vivencias son lo que delimitan el marco de interés de la elaboración de este texto.

De esta manera, uno de los conceptos que mayor influencia representan en el siguiente artículo es el sexismo. Para no partir de un supuesto sin aclarar, menciona Ana Fonseca (2023)², que el sexismo se debería entender desde lo que propone Yadira Calvo en su *“Terminología feminista”*, no se trata solo de la definición de la RAE: “discriminación de personas de un sexo por considerarlo inferior a otro”, esta

¹ Griselda, Gutiérrez Castañeda (2002) “Perspectiva de género: cruce de caminos y nuevas claves interpretativas:

² Ana Lucía, Fonseca (2023) *“Cosas Verdes”*. Editorial UCR.

definición no problematiza que la regla general es que se reproduzca de hombres a mujeres. En el orden institucional de una universidad, es menos frecuente encontrar acciones de un sexismo directamente violento o demasiado concreto, pero aparece y reaparece en la escena un sexismo “larvado y hasta condescendiente”.

Al llegar al aula se ocupa un espacio compartido, como mencionó la fenomenóloga Iris Yung,³ el cuerpo de las mujeres ocupa un espacio distinto en el mundo, su fenomenología tendría una lectura distinta, y, por ende, habitar los fenómenos se realiza de modo distinto a un cuerpo masculino. Son implicaciones relevantes para considerar el esquema metodológico del presente texto, puesto que apelamos a una fenomenología con claros supuestos ontológicos desde la óptica feminista interseccional.

Ana Lucía Fonseca (2020)⁴ menciona los tres pilares principales del modelo educativo vigente: 1. Primado de la dimensión técnica-instrumental. 2. Concepción de la ciencia y la tecnología como neutrales. 3. Formación de recursos humanos para el sector empresarial. Estos puntos se dirigen al punto central del problema, el cual está, hasta el momento, sin solución satisfactoria en Latinoamérica. Hay que tener presente el ámbito costarricense en el que se desenvuelve el problema con la educación actual, la Universidad pública nace en medio del programa de reformas sociales, junto con la Caja del Seguro Social, la aprobación del Código de Trabajo y del capítulo de Garantías Sociales de la Constitución. El espacio político se estableció por alianzas inesperadas: El Gobierno de Calderón Guardia, la iglesia católica y el partido comunista. Se puede pensar que quizá se creyó en algunas

³ Iris, Young (1980) “*Pasando la pelota como una niña*”

⁴ Ana Lucía, Fonseca (2020). “*Poder y Racionalidad en Educación*”. Revistas TEC, LXII (163), 277-233

utopías de la modernidad, que el desarrollo industrial y la solidaridad van de la mano para humanizar el proceso de producción y favorecer a todos.

En la actualidad, el proyecto neoliberal requiere que se consolide el modelo educativo tecnocrático y que se imponga lo técnico-instrumental a la reflexión crítica. Las personas estudiantes sin herramientas reflexivas óptimas, se enfrentan a situaciones que les sobrepasan, generando experiencias desagradables. Este artículo parte desde la reflexión de lo que se dice en los pasillos de la Universidad, aquel consejo de una mujer a otra el cual consiste en no matricular con un profesor específico por la experiencia desagradable, denuncias, e información que no se presenta con facilidad. Se podría atender este problema queriendo evadir la problemática de género que se hace concreta, pero se estaría ejerciendo la posición de muchas personas en la Universidad, el sexismo es un problema real que afecta las posibilidades de los cuerpos feminizados.

- **Violencia simbólica y micromachismos en el aula**

Habitar las clases de Filosofía como cuerpo feminizado o disidente implica enfrentarse constantemente a formas de exclusión que muchas veces no se nombran, pero se interpretan desde su valor simbólico y afectivo. La violencia simbólica se expresa en los silencios, en las interrupciones, en los gestos que deslegitiman la palabra, en las formas “sutiles” con que se nos deja fuera. Como menciona López Francés y Tapia, “existe una cultura institucional que implica, de forma muy integrada y naturalizada, una práctica machista, misógina y homófoba [...] que provoca inequidad de género”⁵. Esta cultura se filtra en lo cotidiano del aula, y se hace presente en la forma en que se nos mira, se nos escucha (o no), o se

⁵ López Francés, I., & Tapia Carlin, R. (2018/2019) Estudio de la percepción del alumnado de la Facultad de Educación sobre la violencia de género en la universidad, p. 59.

espera menos o más de nosotras dependiendo del contexto. Asimismo, se aproxima de formas muy diversas, que desestiman e infravaloran los cuerpos feminizados, obligando a defender y argumentar de maneras exhaustivas. Un proceso demasiado demandante por tener que demostrar constantemente el valor como parte de la academia y como persona.

Estar en la universidad y escuchar cómo se nos cosifica, cómo se nos elogia por nuestra apariencia, pero no por nuestras ideas “El profesor las trataba, al género femenino, muy bien. Les decía que estaban bien bonitas [...] A los hombres que eran mediocres y vagos”⁶. Esas frases quedan rebotando en los pasillos, en las conversaciones entre compañeras, en las decisiones que tomamos al elegir o evitar ciertos cursos. Sabemos que hay profesores con los que no queremos matricular, y lo sabemos únicamente por el “aviso” de otra mujer. Esa es una pedagogía no oficial, pero vital, es decir, la sororidad.

El lenguaje desarrollado de esta manera carga con esa violencia simbólica. Que se hable de “el hombre” cuando se dice “el ser humano”. Igualmente, que se corrija o ridiculice el lenguaje inclusivo, señalando de “innecesario”, muestra cómo el discurso filosófico continúa naturalizando la exclusión. Como se menciona en el estudio, “a pesar de encontrar porcentajes elevados de acuerdo [...] el estudiantado no manifiesta, en la misma medida, la necesidad de usar un lenguaje inclusivo para no discriminar”⁷. Pensar en ese desfase entre lo que se cree y lo que se practica es clave para entender por qué muchas veces sentimos que no habitamos completamente los espacios que habitamos.

⁶ *Ibid.* (2018/2019) Estudio de la percepción del alumnado de la Facultad de Educación sobre la violencia de género en la universidad, p. 62.

⁷ *Ibid.* (2018/2019) Estudio de la percepción del alumnado de la Facultad de Educación sobre la violencia de género en la universidad, p. 63.

No es casual que estos mecanismos de exclusión sean invisibilizados, negados o incluso justificados como “normales”, puesto que “La cultura universitaria tiene un trasfondo sexista y discriminatorio”,⁸ y esa afirmación no es solo un dato académico; es una vivencia constante para quienes estudiamos desde cuerpos marcados por la diferencia. No se trata de casos individuales, sino de un sistema que legitima esas prácticas. Resistir, entonces, no es solo cuestionar al docente o al compañero, si no, cuestionar la estructura que lo respalda.

- **Afectividad y educación**

La exclusión también se siente en el cuerpo. No es solo una cuestión intelectual. Es un nudo en la garganta cuando no se nos escucha, es la duda sobre si levantar la mano porque quizás “ya se dijo”, es el cansancio de tener que explicar por qué molesta un comentario sexista. La violencia simbólica tiene efectos psíquicos, emocionales, afectivos. Martín lo dice con claridad, citado por Asdrúbal Hernán Serna Urrea: “para ser educadas [las mujeres] deben renunciar a su propio modo de experimentar y mirar al mundo, enajenándose de sí mismas”.⁹ Se nos pide que pensemos “como filósofos” y no desde nuestras vivencias, como si nuestras emociones fueran un estorbo para la razón. Las clases exigen pensar y estudiar como filósofos, ya que ellas históricamente han estado lejos de puestos en los cuales se hiciera conocimiento y fueran sujeto de razón, llegando a ser solamente esposas, amigas, estudiantes y secretarias de hombres.

⁸ *Ibid.* (2018/2019) Estudio de la percepción del alumnado de la Facultad de Educación sobre la violencia de género en la universidad, p. 59.

⁹ Serna Urrea. Violencia simbólica contra las mujeres en la enseñanza de la filosofía. Roles del o la docente y la escuela. Archivos de Ciencias de la Educación, p. 8.

Esa pedagogía deshumanizante que separa razón de afecto, mente de cuerpo, sigue operando en la universidad. Nos enseña a pensar sin sentir, a escribir sin temblar. Pero como dice Bell hooks, enseñar también puede ser un acto de amor, un acto de cuidado. Ella propone una pedagogía que no niegue el cuerpo, que abrace la emoción como parte del proceso de conocimiento. No se trata de sentimentalismo, sino de una ética del vínculo. Porque estar en la universidad sin red de contención puede ser abrumador, y más aún si se habita desde una posición subalterna. Estudiar y presentarnos es un acto de rebeldía y de ternura ante un sistema patriarcal que castiga lo etiquetado como femenino.

Serna Urrea lo señala: “las mujeres [...] anticipan esta discriminación y tienen menos ambiciones que los hombres, aun cuando su rendimiento académico sea generalmente mejor” (p. 5). ¿Cómo no va a ser así si el sistema fue diseñado para no reconocer los cuerpos feminizados como legítimos? Por eso urge transformar las formas en las que pensamos la educación, reconociendo que también aprendemos con el cuerpo, con la experiencia, con la afectividad. Pensar desde un cuerpo feminizado es una forma válida de hacer filosofía y eso no es una duda.

- **Pedagogías feministas y transformadoras**

La pedagogía puede ser una forma de resistencia cuando se entiende como una práctica crítica y transformadora. Las pedagogías feministas, en particular, ofrecen herramientas poderosas para cuestionar y desarmar estructuras que, bajo la apariencia de neutralidad, reproducen exclusiones profundas. Estas pedagogías no se limitan a señalar la ausencia de ciertas voces, sino que van más allá: invitan a repensar los marcos mismos desde los cuales entendemos qué es conocimiento y quiénes tienen derecho a producirlo.

No basta con incluir nombres de filósofas en los programas de estudio como si se tratara de cumplir con una cuota. Aunque este gesto sigue siendo necesario —porque la exclusión persiste—, no obstante, no puede reducirse a una corrección superficial. La inclusión, si no va acompañada de una revisión crítica del enfoque desde el cual se enseña, corre el riesgo de ser meramente decorativa. Como plantea Cerletti con claridad, “el o la docente de filosofía tiene que estar en capacidad de evaluar los supuestos que acompañan las distintas herramientas [...], con qué objeto, con qué sentido”.¹⁰ En otras palabras, enseñar filosofía desde una perspectiva feminista no implica solo cambiar contenidos, sino también cuestionar las formas y finalidades de la enseñanza misma.

La inclusión no consiste simplemente en ser las personas admitidas dentro de un sistema que históricamente nos ha negado. Implica, más bien, el esfuerzo colectivo por construir otro, uno que no solo permita nuestra presencia, sino que se transforme desde sus cimientos para reconocer nuestras voces, experiencias y saberes como fundamentales. Solo así es posible imaginar un espacio filosófico más justo, abierto y plural.

Una pedagogía feminista no es solo un contenido, es una práctica, una manera de relacionarnos en el aula. Es hacer preguntas incómodas, es leer con sospecha, es dudar del canon. Como plantea Spadaro, citado por Asdrúbal Hernán Serna Urrea, hay que “contextualizar los textos, situarlos. [...] ¿En qué contextos reales, personales y sociales, el o la filósofa pensó lo que pensó?”.¹¹ Esa pregunta nos devuelve la posibilidad de habitar la filosofía con nuestras voces, nuestras

¹⁰ *Ibid.* Violencia simbólica contra las mujeres en la enseñanza de la filosofía. Roles del o la docente y la escuela. Archivos de Ciencias de la Educación, p. 12.

¹¹ *Ibid.* Violencia simbólica contra las mujeres en la enseñanza de la filosofía. Roles del o la docente y la escuela. Archivos de Ciencias de la Educación, p. 14.

historias, nuestras rabias. Incluir autoras y disidencias latinoamericanas es una necesidad política. Es reconocer que piensan desde nuestras realidades, desde nuestros territorios. Serna Urrea lo afirma: necesitamos “un pensamiento propio, vital, descolonizador”¹² porque pensar desde acá también es hacer filosofía.

Transformar la enseñanza de la Filosofía no es solo una tarea para la academia. Es un gesto ético, un acto político. Quienes están en las aulas, aún tienen algo que decir, algo que incomodar, algo que cambiar.

Referencias

Fonseca, Ana Lucía. *Cosas Verdes*. Costa Rica: Editorial UCR. 2024

Fonseca, Ana Lucía. *Poder y Racionalidad en Educación*. Revistas TEC, LXII 163. (2023): 277-233

Iris, Yung. *Pasando la pelota como una niña*. 1980.

López Francés, I., & Tapia Carlín, R. (2018/2019). Estudio de la percepción del alumnado de la Facultad de Educación sobre la violencia de género en la universidad. *Cuestiones Pedagógicas*, 27, 53–66. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7217791>

Serna Urrea, A. H.(2019). Violencia simbólica contra las mujeres en la enseñanza de la filosofía. Roles del o la docente y la escuela. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 13 (15). <https://doi.org/10.24215/23468866e061>

¹² *Ibid.*. Violencia simbólica contra las mujeres en la enseñanza de la filosofía. Roles del o la docente y la escuela. *Archivos de Ciencias de la Educación*, p. 16.

